

Antonio Chabret, Prócer Saguntino

Por el Canónigo D. ELIAS OLMOS

Según la Real Academia de la Lengua, «prócer» significa eminente, elevado, persona distinguida, constituida en alta dignidad. En todos estos sentidos se predica la palabra «prócer» del inmortal saguntino Antonio Chabret y Fraga.

La Providencia, que escribe recto con renglones torcidos, según frase de Santa Teresa, para fijar en el alma de Chabret, de manera indeleble, los cauces de una inquebrantable moralidad, le llevó al Seminario, donde cursó Humanidades y Filosofía, pero en gesto que el honró, sin mal entendidos respetos humanos que tantas vidas desconciertan, sintiéndose sin valor para el sacerdocio de las almas, trocó las aulas del Seminario por las clases de la Facultad de Medicina para ejercer el sacerdocio de los cuerpos, decisión que eleva al joven Chabret sobre toda vulgaridad.

Terminada la carrera a los 26 años, inició en su nuevo ministerio como «padre jovial y caritativo», proceder que tanto consuela y alienta a los enfermos, granjeándose muy pronto el afecto y la veneración de sus paisanos, que admiraban en el joven médico el afán por llevar a pobres y ricos, sin distinción ni preferencias, con los remedios del cuerpo la tranquilidad del espíritu.

Alma inquieta la del señor Chabret, carácter peculiar de las grandes personalidades, busca espigar en distintos campos de la medicina, y así le vemos de lleno consagrar sus ratos, robados al placer y al ocio, a la investigación, husmeando en archivos, antes que en bibliotecas, en busca de las fuentes legítimas de la verdadera historia, desenterrando y descifrando monumentos epigráficos, numismáticos y arqueológicos para regalarnos la magnífica obra «Sa-

gunto. Su historia y sus monumentos», que premiaron varias sociedades y le granjeó el título de Correspondiente de la Academia de la Historia y la Encomienda de la Orden de Alfonso XII.

Amigo de nuestro inmortal predecesor, el señor Chabás, rivaliza con éste en eruditas publicaciones, tales como «Homenaje al héroe de la Independencia española, don José Romeu», «Reseña histórica de la traslación de las reliquias de los santos mártires Abdón y Senén a la ciudad de Sagunto», reliquias con que, de alguna suerte, compensó a nuestra Sagunto, la Rosa Cristiana del abandono en que la dejó la Roma pagana, no prestándole el auxilio pactado al ser invadida por los cartagineses; feliz abandono que dio ocasión a la inmortal gesta saguntina, honor de la raza hispana; «Historia del término de Sagunto». «Apuntes acerca de la fundación del convento de Servitas de Santa Ana, de Sagunto», «Nomenclátor de las calles, plazas y puertas antiguas de la ciudad de Sagunto» y «Vías romanas de la provincia de Castellón».

Asombra ver el cúmulo de sus publicaciones colaborando, en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», en «El Archivo», dirigido por el señor Chabás, en «Las Provincias» y otras varias.

Enamorado de su ciudad, convirtió su casa en verdadero archivo-biblioteca, donde guardaba cuantas obras pudo reunir referentes a Sagunto, así como una magnífica colección arqueológica integrada de valiosas piezas numismáticas, vidrios, cerámicas, estatuas, objetos de metal y azulejos. Labor ingente que pone de relieve la preeminente personalidad del señor Chabret en los fastos de la historia Saguntina.

El temperamento siempre inquieto

del señor Chabret busca nuevos derroteros en dónde solazar su espíritu, cultivando diferentes géneros literarios, hasta desahogar en la poesía y en la música, legándonos, entre otras obras publicadas, «Sagunto», «Canta a mi patria», «En lo convent de Sant Esperit» y la zarzuela «El Fantasma», estrenada con éxito feliz en 1900. Y por si esto era poco, dominó el piano, el violoncelo, la guitarra y perpetuó su nombre con dos composiciones de muy estimable valor musical: «Marcha fúnebre» y «Misa de requiem», que se interpretaron en su entierro y honras fúnebres.

La ciudad de Sagunto se honró nombrándole su Cronista, y a fe que anduvo acertada, porque difícilmente se hallarán otros que enaltecieran tanto a sus pueblos como Chabret a Sagunto.

«Lo que concede preeminencia, dijo don Antonio Maura en memorable discurso, no es la opulencia, ni la riqueza, sino la virtud, el celo, el saber, la voluntad..., cualidades que dignifican, ilustran, encumbran y ennoblecen y permiten al que los posee servir de ejemplo y guía a sus conciudadanos.» ¿No fueron por ventura tamañas cualidades patrimonio característico de don Antonio

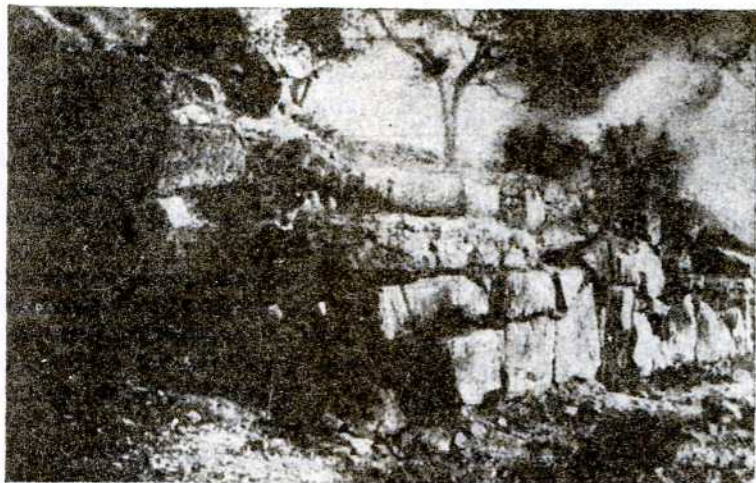
Chabret y Fraga?

Discutía un día Cicerón, aquel eminente político y orador, autor de las «Catilinarias» y «Filípicas», y queriéndole humillar su rival romano, le echó en cara que era de Arpi, pequeña aldea de la Toscana. «...Ciertamente que tú eres romano y yo aldeano, pero existe una diferencia entre ambos, que mientras a ti te honra Roma, yo honro e inmortalizo a mi aldea.»

Con esmaltar la brillante historia de Sagunto, los Atilios y Voconios, los Maresme, Pellicer, Morató, Palos y Romeu y otros tantos que descuellas en vuestros fastos como astros de gran magnitud, no exageramos al afirmar que campea entre ellos Chabret, quien por su virtud, celo, voluntad, laboriosidad incansable y múltiples facetas, pudo decir, plagian-do las palabras del orador romano: «Yo honro a mi pueblo.»

Ciego fuera e insensible quien, al repasar someramente la historia del médico, arqueólogo, historiador, músico, poeta y compositor..., que todo esto era Chabret, no saturara su espíritu de grandeza tanta, hasta hacerle exclamar:

«Don Antonio Chabret y Fraga, prócer saguntino.»



D. Antonio Chabret, en los muros ciclópeos de Sagunto